

DEBUT Y DESPEDIDA. LA DERECHA CHILENA EN LAS ELECCIONES PRESIDENCIALES 2013¹

Hello, goodbye. The Chilean right in the presidential elections of 2013

MAURICIO MORALES QUIROGA

Universidad Diego Portales

I. INTRODUCCIÓN: TEORÍA E HISTORIA.—II. HIPÓTESIS.—III. LA ELECCIÓN PRESIDENCIAL DE 2013: CANDIDATOS Y RESULTADOS.—IV. FACTOR 1: EL EFECTO DE LA APROBACIÓN PRESIDENCIAL.—V. FACTOR 2: EL «EFECTO PARISI».—VI. FACTOR 3: EL EFECTO DE VOTO VOLUNTARIO.—VII. CONCLUSIONES.—VIII. BIBLIOGRAFÍA.

RESUMEN

Luego de veinte años como oposición, la derecha llegó al poder en 2009 con Sebastián Piñera. Lo que sería una nueva etapa política para Chile, terminó sólo en un paréntesis. La derecha fue arrollada por la ex Presidenta Michelle Bachelet en las elecciones de 2013, quien ganó con un 62,16% en la segunda vuelta. Este artículo identifica las causas del resultado electoral de acuerdo al efecto combinado de tres condiciones. En primer lugar, la baja popularidad del gobierno y el escaso traspaso de esa popularidad a la candidata presidencial Evelyn Matthei, a lo que se sumó un tardío proceso de selección del candidato oficialista. En segundo lugar, la fractura electoral del oficialismo por la candidatura del independiente Franco Parisi. En tercer lugar, la caída de la participación electoral en el contexto del voto voluntario. Comparando con 2009, la votación de derecha disminuyó drásticamente junto con el desplome de la participación.

Palabras claves: Chile; elecciones; Bachelet; conducta electoral.

(1) Agradezco el apoyo del proyecto FONDECYT N° 1150059 “La identificación partidaria como motor de la estabilidad. Chile en perspectiva comparada”, y los comentarios de los evaluadores anónimos de la *Revista de Estudios Políticos*.

ABSTRACT

After twenty years in opposition, the right came to power in 2009 with Sebastián Piñera. What would be a new political era for Chile, ended only in a parenthesis. The right was run by former President Michelle Bachelet in the 2013 elections, who won with 62.16% in the *ballotage*. This article identifies the causes of the election result according to the combined effect of three conditions. First, the low popularity of the government and the low transfer popularity to presidential candidate (Evelyn Matthei). Second, the electoral split the ruling by the candidacy of independent Franco Parisi. Third, the decline in voter turnout in voluntary voting. Compared to 2009, the voting right decreased dramatically with the collapse of participation.

Key words: Chile; elections; Bachelet; electoral behavior.

I. INTRODUCCIÓN: TEORÍA E HISTORIA

¿Por qué perdió la coalición de derecha en las recientes elecciones presidenciales en Chile? No deja de sorprender que la derecha chilena, luego de haber ganado la elección de 2009 poniendo fin a veinte años de predominio de la Concertación (coalición de centro-izquierda hoy denominada como «Nueva Mayoría»), perdiera inmediatamente el poder en las recientes elecciones presidenciales de 2013. Es más. Lo hizo en un contexto económico favorable, reflejado en un crecimiento por sobre el promedio regional y mundial (4,2%), una inflación en torno al 2% y, de acuerdo a la encuesta de la Universidad Diego Portales (UDP) del segundo semestre de 2013, con un amplio optimismo por el futuro económico del país (sólo un 8,1% pensaba que la situación económica del país estaría peor) y con más del 75% evaluando como buena o regular la situación económica actual del país. Lo que se presumía como un escenario propicio para el triunfo de la Alianza (coalición de centro-derecha), se transformó precisamente en lo contrario, pues obtuvo su peor resultado desde la reinauguración de la democracia. Si bien su candidata avanzó a la segunda vuelta, fue arrollada por Michelle Bachelet, la candidata de la Nueva Mayoría que obtuvo más del 62%. Por tanto, el caso de Chile permite conocer los límites del denominado «voto económico» y la persistencia de variables de largo plazo como determinantes de la conducta electoral.

Teóricamente, existen múltiples factores que explican un resultado electoral. Por un lado, y especialmente en sistemas de partidos institucionalizados, hay variables que contribuyen a la estabilidad de las preferencias políticas de los ciudadanos y, por tanto, a elecciones algo más predecibles. Una de las más estudiadas ha sido la identificación partidaria (Mainwaring y Scully, 1995; Mainwaring, 1999), ya sea como producto de la socialización familiar (Campbell *et al.*, 1960; Jennings y Niemi, 1968; Converse, 1969; Miller y Shanks, 1996, entre otros) o como resultado de la pertenencia a ciertos gru-

pos como clases sociales, religión o zona geográfica (Lazarsfeld *et al.*, 1944). Siguiendo a Miller y Shanks (1996), la identificación partidaria es «causa primera» de otras predisposiciones políticas. Como tiende a ser una condición estable, entonces las elecciones no harían más que reflejar esas preferencias incubadas desde la niñez. Por otro lado, en sistemas de partidos menos institucionalizados suelen ser más relevantes los eventos de corto plazo asociados a conflictos de campaña o emergencia de candidatos independientes con fuerte componente populista. Es decir, sin mediación de partidos (Weyland, 2001; Mainwaring y Torcal, 2005). Estos sistemas de partidos se caracterizan por mayores niveles de volatilidad electoral y, por ende, las elecciones se hacen menos predecibles y más susceptibles a situaciones de último minuto.

A pesar de que estos sistemas de partidos (institucionalizados y no institucionalizados) se comportan de manera muy diferente, en ambos se reconoce el efecto de variables de corto plazo que también pueden incidir en el resultado electoral. Aunque en los sistemas de partidos institucionalizados las predisposiciones de largo plazo pueden bloquear el efecto de una crisis económica o de un escándalo político, lo cierto es que los incumbentes igual pueden ver deteriorada su votación, dando paso a la alternancia. Al mismo tiempo, en ambos tipos de sistemas de partidos la aprobación presidencial es una variable relevante. Es muy probable que presidentes populares endosen apoyo al candidato de su partido o coalición, facilitando el triunfo y la confirmación de ese partido o coalición incumbente (Mackuen *et al.*, 1989 y 1992; Nannestad y Paldman 1994). La aprobación presidencial depende en gran medida de las fluctuaciones de la economía. Generalmente, el crecimiento económico, el control inflacionario y la caída del desempleo favorecen a la aprobación de los presidentes y, por tanto, aumentan las chances de éxito para el candidato del partido o coalición incumbente (Grofman, 1995; Popkin, 1995; Lewis-Beck y Stegmaier, 2000; Benton, 2005). Esto es, al menos, lo que se desprende del enfoque denominado como Macropolitics (Mackuen *et al.*, 1992). Ante ciudadanos más informados y dispuestos a ejercer accountability sobre sus gobernantes, el buen desempeño económico se convierte prácticamente en una condición necesaria para confirmar a los incumbentes en el poder.

Chile calza parcialmente con estos enfoques teóricos. Al inicio de la nueva democracia inaugurada en marzo de 1990, las preferencias electorales de los chilenos estuvieron determinadas en gran medida en función del rechazo o aprobación de la dictadura (Valenzuela, 1995 y 1999; López 2004). Las predisposiciones políticas de largo plazo explicaban sustancialmente la conducta electoral de los votantes (Navia *et al.*, 2009). A pesar de los vaivenes económicos, los chilenos votaban regularmente por los mismos partidos y coaliciones. En un escenario de post-transición, entonces, la incidencia del desempeño económico sobre los resultados electorales estuvo subordinada al

autoposicionamiento ideológico en el eje izquierda-derecha, la identificación partidaria, y la postura en torno a las violaciones a los derechos humanos durante la dictadura (Huneus, 2003). Siendo un caso prototípico de institucionalización, en la década de los noventa el sistema de partidos chileno mostraba bajos niveles de volatilidad y altas tasas de identificación con partidos. Por tanto, era muy razonable esperar que las preferencias electorales giraran en torno a antiguos ejes de conflicto definidos por los mismos partidos. El resultado fue estabilidad política y progreso económico. Es decir, gobernabilidad democrática (Boeninger, 1997; Garretón, 1999; Siavelis, 2009).

La situación cambió a fines de los noventa y especialmente en las elecciones presidenciales de 1999. El gobierno de Eduardo Frei Ruiz-Tagle concluyó con bajísimos niveles de aprobación presidencial y en medio de la denominada «crisis asiática». Por su parte, los partidos de derecha nominaron a un candidato menos identificado con la dictadura y con un discurso fuertemente populista que hacía sentido en un escenario de crisis (Boas 2005). Esto trajo como consecuencia una elección mucho más competitiva que se definió en segunda vuelta, junto con una derecha que capitalizó sus apoyos particularmente en los segmentos más pobres o «populares» (Huneus, 2000 y 2001; Luna 2010). Así, desde 1999 en adelante todas las elecciones fueron mucho más estrechas. Si bien en 2005 la Concertación volvió a ganar con Bachelet, este resultado obedeció más a las cualidades personales de la candidata que a la fuerza electoral de su coalición (Morales 2008). Posteriormente, aunque Bachelet dejó el poder en 2009 con una popularidad desbordante que incluso superó el 80% (Encuesta UDP, 2009), no fue capaz de traspasar esa popularidad al candidato de la Concertación. Esto no hizo más que confirmar que tanto su triunfo electoral en 2005 como su aprobación presidencial estuvieron determinados por sus atributos personales y no necesariamente por un liderazgo partidista (Morales y Navia, 2010; Morales, 2012).

Estos antecedentes ayudan a entender la elección presidencial de 2013, que se desarrolló en un contexto poco favorable para la política, pero en un ambiente económico que, teóricamente, debía fortalecer al candidato presidencial de la coalición incumbente. Sin embargo, el gobierno de Piñera enfrentó una serie de movilizaciones sociales y estudiantiles durante gran parte de su mandato. Esto trajo como consecuencia una baja aprobación hacia su gobierno. Si bien el país mostraba claras señales de estabilidad macroeconómica, los chilenos estaban descontentos con su administración.

Este escenario era muy favorable para la reaparición de Bachelet. Dado que salió del gobierno con altísimos niveles de popularidad, todas las encuestas la daban como favorita para estos comicios. La Unión Demócrata Independiente (UDI) trató de responder con una candidatura de similares características, pero este intento fue fallido. El ex ministro de Obras Públicas

y Minería Laurence Golborne, más conocido por su protagónico rol en el rescate de los 33 mineros de Atacama, fue sorprendido con cuentas corrientes en las Islas Vírgenes. Esto trajo como consecuencia duras críticas desde la oposición y también desde Andrés Allamand, el candidato de Renovación Nacional (RN). El conflicto escaló a tal punto, que Golborne declinó su candidatura, siendo nominado Pablo Longueira, un líder histórico de la UDI.

Con un conflicto desatado en la derecha, ambas coaliciones (Nueva Mayoría y Alianza) optaron por realizar elecciones primarias. Mientras en la Nueva Mayoría Bachelet se impuso cómodamente siendo ratificada de inmediato como la candidata oficial del pacto, en la Alianza el resultado fue más estrecho y dio lugar a la reaparición de antiguas rencillas entre RN y la UDI. Allamand cuestionó el triunfo de Longueira alegando que había sido favorecido desde el gobierno. A mediados de julio se recibió la noticia más inesperada del proceso electoral. Producto de un profundo cuadro depresivo, Pablo Longueira renunció a la candidatura presidencial. Ante esto, RN sintió que Andrés Allamand era el candidato natural. Desde la UDI y el gobierno se pensó algo distinto. Finalmente, se nominó a Evelyn Matthei, entonces ministra del Trabajo, como la candidata oficialista. Así, la coalición de gobierno tuvo tres candidaturas presidenciales (Golborne, Longueira y Matthei) en menos de dos meses. A esto se sumó la candidatura independiente de Franco Parisi que poco a poco fue marcando presencia en las encuestas de opinión.

El artículo se divide en cinco secciones. En la primera, se detalla la hipótesis de investigación puntualizando los factores explicativos del resultado electoral. En la segunda se muestran los resultados generales de la elección de 2013 para primera y segunda vuelta. En la tercera, se analiza el efecto de la aprobación presidencial sobre el desempeño electoral de la derecha. En la cuarta se estudia el impacto de la votación de Parisi, y en la quinta se analiza el efecto del voto voluntario sobre los apoyos a la candidata oficialista.

II. HIPÓTESIS

Este trabajo sostiene que la derrota electoral de la derecha en las elecciones presidenciales de 2013 obedece al efecto combinado de tres factores. En primer lugar, la baja aprobación presidencial con que el gobierno enfrentó la elección. En segundo lugar, la emergencia de un candidato independiente que contribuyó a fracturar las bases electorales de la derecha. En tercer lugar, la caída de la participación electoral en el marco del voto voluntario particularmente en segmentos medios y bajos que en 2010 apoyaron a Piñera.

¿En qué contexto se desarrollan estas hipótesis? Aunque Chile goza de estabilidad electoral (es decir, baja volatilidad), la raigambre social de los

partidos se ha venido al suelo. Sistemáticamente las encuestas del Latino-barómetro y de LAPOP muestran a Chile en los últimos lugares del ranking latinoamericano de identificación partidaria. La serie de encuestas del CEP, en tanto, confirman el deterioro de los partidos. Si a inicio de los noventa la identificación partidaria bordeaba el 80%, a fines de 2010 sólo alcanzaba un 40%. A esto se suma la emergencia de candidaturas presidenciales independientes de centro-izquierda y centro-derecha que han sobrepasado el 10% de apoyo. Tales indicadores, siguiendo a Mainwaring (1999), serían señales suficientes para declarar la «desinstitucionalización» del sistema de partidos en Chile. Esto se vería reforzado por otras experiencias latinoamericanas donde el derrumbe de la identificación ha ido de la mano con la aparición de caudillos sin partidos, también denominados *outsiders*. El caso de Venezuela es el ejemplo más evidente (Morgan, 2007). Otros autores, basándose en un marco teórico similar, han declarado la crisis terminal del sistema de partidos en Chile (Luna y Mardones, 2010), o han alertado sobre los peligros que conlleva un desarraigo tan pronunciado de los partidos con la ciudadanía (Altman y Luna, 2011; Luna y Rosenblatt, 2012).

No obstante en Chile, a pesar de la caída de la identificación partidaria y de la emergencia de candidatos independientes, los partidos tradicionales mantienen el monopolio de la representación. De hecho, sigue siendo bajo el número de diputados y senadores independientes. Por ejemplo, de los 120 diputados que se eligieron en 2009, sólo hubo 2 independientes. En 2013, en tanto, la cifra subió a 3. En alcaldes, en tanto, de las 345 comunas, en 2008 se eligieron 38 independientes y en 2012 se aumentó levemente a 41. Es decir, los independientes representan cerca del 12%, concentrándose preferentemente en comunas pequeñas. A esto se suma una baja volatilidad en la elección de congresistas y, como he dicho, un predominio de los partidos tradicionales. Naturalmente, la estabilidad que se observa a nivel de congresistas obedece en gran parte al sistema electoral binominal que obliga a los partidos a formar coaliciones (Navia, 2005). Sin embargo, la elección de alcaldes se define por mayoría relativa y de todos modos los partidos tradicionales mantienen la representación. Incluso en la elección de concejales la sumatoria de votos de los partidos tradicionales no baja del 80%. En estos comicios se eligen de 6 a 10 escaños (dependiendo del tamaño de cada comuna) mediante un sistema proporcional con fórmula D'Hont. Todos estos antecedentes sirven para, al menos, suavizar la tesis más popularizada en torno a una crisis terminal del sistema de partidos en Chile. Algunos, en el contexto de las movilizaciones sociales y estudiantiles de 2011 y 2012, llegaron incluso a sostener que no sólo los partidos estaban en crisis, sino que también el modelo de desarrollo (Mayol, 2012).

A continuación se explicitan los factores explicativos y las respectivas hipótesis:

El primer factor explicativo corresponde al efecto de la aprobación presidencial en el apoyo a la candidata oficialista. Teóricamente, y de acuerdo a Nannestad y Paldman (1994), existe una función denominada «voto-popularidad». Generalmente, los presidentes transfieren apoyo a los candidatos de su partido o coalición, haciendo más viable su éxito. Como nuestro más abajo, el Presidente Piñera no sólo enfrentó esta elección con bajos niveles de popularidad, sino que además fue incapaz de transferir esa popularidad a la candidata de su coalición. El hecho de que sólo el 30% de los que aprobaban a Piñera votaran por Matthei, es un claro indicador de aquello (Encuesta UDP, 2013). La base de apoyo del gobierno, entonces, estaba dividida. Esto se explica, en parte, por la amplia sensación de triunfo de Bachelet y, además, por las heridas que quedaron luego de la elección primaria presidencial entre Pablo Longueira y Andrés Allamand. Este último acusó al gobierno de no ser ecuánime en los apoyos hacia ambos candidatos, inclinándose por Longueira. Finalmente, Allamand prácticamente no participó de la campaña de Matthei.

El segundo factor explicativo corresponde a la competencia electoral entre Matthei y el independiente Franco Parisi, que se ha denominado «efecto Parisi». Se sugiere que la candidatura de Parisi fracturó los apoyos electorales de la derecha, impidiendo que ambos sumaran en segunda vuelta, a lo que se añadió una fuerte campaña de descalificaciones entre ambos candidatos. Parisi atrajo la votación joven de derecha y, adicionalmente, al grupo de personas con altos niveles de educación, pero que pertenecían a los segmentos socioeconómicos medios o pobres. Esto se explica porque, precisamente, Parisi enfatizó en la necesidad de dar oportunidades a los jóvenes, abrir espacio al mérito como mecanismo de selección de cargos públicos, y mostrar, sobre la base de su propia experiencia, que el esfuerzo es la base del éxito. Por último, los apoyos a Parisi crecieron en la medida en que se confirmaba el favoritismo de Bachelet. El hecho de que los votantes de centro-derecha dieran por perdida la elección (incluso en primera vuelta), contribuyó a que su voto fuese fiel al sector ideológico pero no necesariamente hacia la candidatura oficialista.

El tercer factor explicativo evalúa el efecto del voto voluntario sobre el desempeño electoral de Matthei. Se argumenta que, comparando con 2009 (donde aún regía el voto obligatorio), la votación de derecha decreció de manera más acelerada en las comunas donde se desplomó la participación, y menos en aquellas donde la participación se mantuvo o bajó poco respecto a las presidenciales de 2009. La participación electoral en 2013 fue sustantivamente más baja en las comunas pobres que en las comunas ricas, confirmando el sesgo de clase que se produce, particularmente, bajo los regímenes de voto voluntario (Lijphart, 1997; Mahler, 2008; Gallego, 2010).

En consecuencia, el derrame electoral de la derecha vino principalmente de los segmentos medios y pobres, siendo capaz de sostener sus apoyos en los segmentos ricos. Aunque es muy temprano para establecer un vínculo causal entre ambas variables (baja participación electoral y disminución de la votación de derecha), existe cierta evidencia que acompaña un argumento preliminar. Dado que el voto es voluntario, los costos por ir a votar se trasladan desde los votantes hacia los partidos. Con voto obligatorio, el hecho de no votar suponía sanciones para los electores. Con voto voluntario, y ante la ausencia de sanciones, son los partidos los que deben pagar el costo de movilizar votantes el día de la elección. En un escenario de desafección, los ciudadanos —especialmente los más pobres— prefieren no salir a votar (Contreras *et al.*, 2015). Esto afecta con mayor fuerza a los partidos que han cultivado bases electorales populares y —de preferencia— con vinculación clientelar, lo que es particularmente evidente en la UDI (Luna, 2010), el partido de la candidata presidencial de la Alianza.

Con estos tres factores se abordan las dimensiones centrales del proceso electoral. Es decir, el proceso de nominación del candidato y la forma en que el gobierno se hizo parte de la campaña fundamentalmente transfiriendo apoyos (Factor 1). Luego, la competencia electoral, colocando especial atención al conflicto Matthei/Parisi (Factor 2). Y, finalmente, una evaluación respecto al impacto de la reforma electoral sobre los apoyos hacia la candidatura oficialista (Factor 3).

III. LA ELECCIÓN PRESIDENCIAL DE 2013: CANDIDATOS Y RESULTADOS

En la elección presidencial de 2013 postularon 9 candidatos, la cifra más alta desde el retorno a la democracia (Bunker, 2014). Por la Nueva Mayoría (ex Concertación), lo hizo la ex Presidenta Michelle Bachelet. Por la Alianza (coalición de gobierno) compitió Evelyn Matthei. También lo hizo Marco Enríquez-Ominami, del Partido Progresista (PRO) y que en la presidencial 2009 obtuvo más del 20%. A estos tres candidatos se sumó Franco Parisi, un independiente cercano al ideario de derecha, Marcel Claude (Partido Humanista), Alfredo Sfeir (Partido Ecologista), Roxana Miranda (Partido Igualdad), y Tomás Jocelyn-Holt (Independiente).

Esta elección presidencial fue la primera con voto voluntario. El padrón creció de 8 millones a más de 13 millones entre 2009 y 2013. Esta ampliación del padrón aumentó los incentivos para la postulación de candidatos independientes. La Ley 18.700 sobre votaciones populares y escrutinios señala, en su artículo 13, que los independientes requieren del 0,5% de firmas

ciudadanas para formalizar su candidatura. El número de firmas se calcula en función del total de votantes que hubo en la última elección de diputados. Es decir, en 2009. En esos comicios votaron 7.263.537 personas. El 0,5% representa poco más de 36.000 firmas. A esto se sumó un especial ánimo de representación por parte de candidaturas externas a los partidos tradicionales. Esto operó tanto para la derecha como para la izquierda. Desde la derecha emergió la candidatura de Franco Parisi, un economista cuyo mensaje central estaba en los abusos de privados hacia personas comunes y corrientes. Sus dardos se dirigían hacia bancos y multitiendas. Aprovechando la baja popularidad del Presidente, Parisi se alzó como una alternativa para electores de derecha. Desde la izquierda, en tanto, apareció un núcleo de candidatos que, basándose en las demandas y protestas sociales y estudiantiles desarrolladas durante el gobierno de Piñera, generaron propuestas alternativas focalizadas en educación, vivienda y ecología.

En cuanto a las proyecciones electorales, tanto la encuesta del Centro de Estudios Públicos (CEP) como de la UDP auguraron un amplio triunfo de Bachelet, aunque con ciertas dudas respecto a si habría o no segunda vuelta. Las posibilidades de que Bachelet se impusiera en la primera vuelta se vieron bloqueadas por la fragmentación de candidatos hacia la izquierda. En la derecha, en tanto, el peligro de ser derrotados en la primera vuelta pasaba por la consolidación de la votación de Parisi, quien según las encuestas bordearía el 10%. Como se observa en el gráfico 1, las encuestas nunca favorecieron a los candidatos de derecha. Según el CEP, y en la pregunta sobre «quién le gustaría que fuera la o el próximo Presidente de Chile», Bachelet sacaba amplia ventaja, mientras que los candidatos de derecha apenas bordearon el 10%. Eso sucedió con Golborne y con Matthei.

El gran problema para la candidatura oficialista fue que, en lugar de avanzar hacia posturas de centro, se concentró en los núcleos duros de derecha. Tanto así, que los propios votantes de Matthei se autoubicaban, de preferencia, en los valores 8, 9 y 10 en la escala ideológica (donde «1» es muy de izquierda y «10» es muy de derecha, ver gráfico 2). Esto contrasta fuertemente con lo que fue la candidatura de Piñera en 2009, quien logró cautivar a electores de centro (Morales, 2012). A esto se sumó la fuerza electoral de Parisi no sólo en electores de derecha, sino que también de centro-izquierda. En consecuencia, la polarización de la candidatura oficialista se explica tanto por el llamado de Matthei a los sectores más duros de derecha y que aprobaban la gestión presidencial, como a la estrategia de Parisi para cautivar a electores de centro descontentos con la administración de Piñera. Este eje divisorio de ambas candidaturas se reflejó no sólo en las encuestas, sino que también en los debates presidenciales. Parisi no perdió oportunidad para atacar decididamente a Matthei, quien devolvió esos ataques denun-

ciando a Parisi por no pago de cotizaciones a los trabajadores de un colegio dirigido por él y por su hermano.

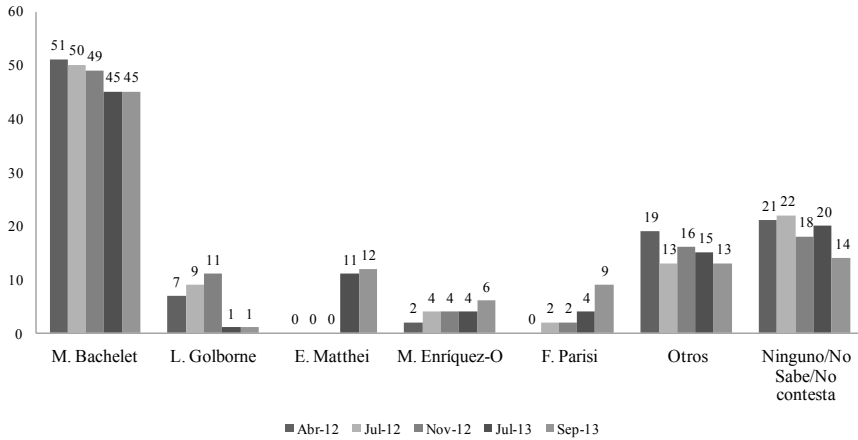
En la centro-izquierda, en tanto, si bien había profundas diferencias programáticas entre Bachelet y los candidatos pequeños, las críticas fueron mesuradas. El hecho de que compitieran candidaturas alternativas de izquierda explica, en parte, el que las bases electorales de Bachelet fuesen mucho más centristas que en 2005 (Morales, 2008). La candidatura de Marco Enríquez-Ominami, en tanto, y al igual que en 2009, reprodujo parte de la votación histórica de la Concertación y con una distribución similar a la de Bachelet. Sumando y restando, entonces, el posicionamiento de los candidatos en el eje izquierda-derecha no trajo mayores cambios respecto a los patrones históricos de votación. Si bien aumentó la fragmentación en comparación a elecciones previas, hubo una reagrupación de candidaturas en cada uno de los segmentos (izquierda-centro-derecha) más que un cambio estructural de las preferencias. Tampoco resultó llamativo el comportamiento de los electores «desideologizados». Es decir, aquellos encuestados que no se auto-ubican en ningún peldaño de la escala ideológica. Más de la mitad no señaló preferencia por alguno de los candidatos. Sin embargo, al analizar las bases de apoyo de los candidatos se observa que casi un tercio de la base de apoyo de Parisi estuvo en este grupo, porcentaje que decreció a 21,6% en Bachelet, 21,1% en Me-O y 19,4% en Matthei.

Bachelet estuvo a poco más de tres puntos de ganar en primera vuelta (ver tabla 1). Al no lograr la mayoría absoluta, debió enfrentar una segunda elección. Esto fue considerado como un triunfo para Matthei por dos cosas. Primero, porque superó ampliamente a Parisi, dejando en claro que el poder de la Alianza y del gobierno seguían vigentes. Segundo, porque frenó las tempranas celebraciones de los partidarios de Bachelet que anticipaban un triunfo fácil en la primera vuelta. A pesar de que Matthei ha sido la candidata de Alianza con menos votos desde el retorno a la democracia, pudo superar el primer escollo. La historia sería muy distinta en la segunda vuelta. Matthei no fue capaz de atraer la totalidad del voto de Parisi, siendo derrotada muy claramente por Bachelet.

Por último, pero no menos importante, esta elección presidencial marcó el nivel de participación electoral más bajo desde el retorno a la democracia. Si en 2009 votó cerca del 60% de la población en edad de votar (PEV), en 2013 lo hizo sólo el 49% en primera vuelta y el 42% en segunda vuelta (ver gráfico 3). En 2009 sufragaron 7,2 millones para la segunda vuelta, mientras que en 2013 lo hicieron tan solo 5,7 millones. Esta caída en la participación se explica, naturalmente, por la institución del voto voluntario. Aunque en Chile el voto era obligatorio y las sanciones tenían baja aplicabilidad (Payne *et al.*, 2003), de todos modos la posibilidad de ser sancionado actuaba como un disuasivo. Por tanto, el cambio al régimen de voto voluntario tuvo un efecto directo en la participación electoral que, como algunos anunciaron, también

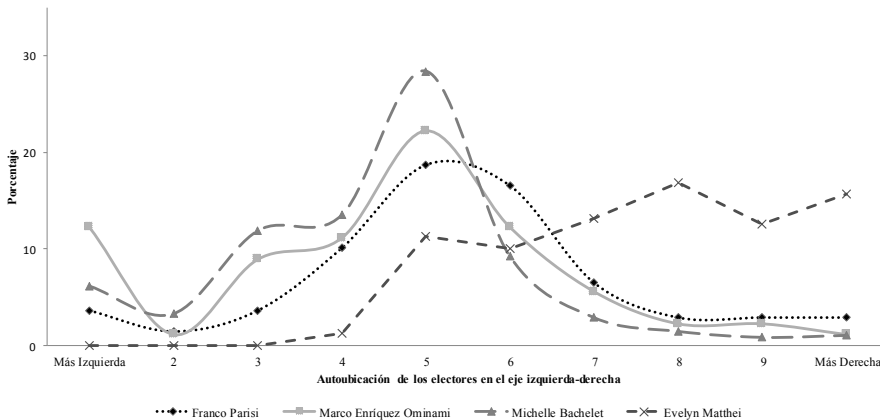
iría asociada a una profundización del sesgo de clase. Es decir, que votarían los más ricos y no los más pobres (Morales, 2011). Como se sostiene más adelante, este desplome de la participación estuvo significativamente asociado a la baja votación por la candidatura de derecha. Aunque gran parte de los congresistas de derecha estuvo a favor del voto voluntario, finalmente se vieron perjudicados particularmente en las comunas más pobres (Morales, 2014).

GRÁFICO I. Apoyo a los candidatos presidenciales, 2012-2013



Fuente: Elaboración propia con base en la encuesta CEP, www.cepchile.cl

GRÁFICO 2. Intención de voto por cada candidato según eje ideológico

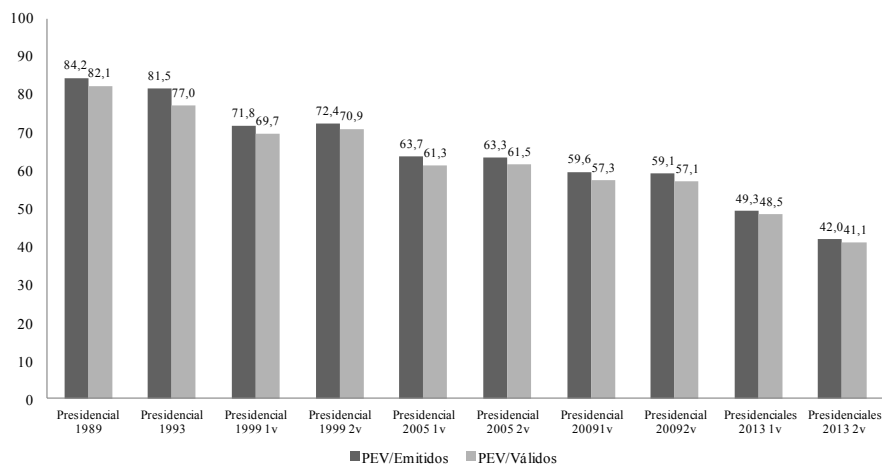


Fuente: Elaboración propia con base en la encuesta UDP, www.encuesta.udp.cl

TABLA 1. *Número de votos y porcentaje de los candidatos presidenciales*

Candidato	Primera vuelta		Segunda vuelta		
	Coalición	Número de votos	% de votos	Número de votos	% de votos
Michelle Bachelet	Nueva Mayoría	3.075.839	46,7	3.470.379	62,2
Marcel Claude	Todos a La Moneda	185.072	2,8	2.111.891	37,8
Evelyn Matthei	Alianza	1.648.481	25,0		
Marco Enríquez-Ominami	Si tú quieres, Chile cambia	723.542	11		
Ricardo Israel	Partido Regionalista de los Independientes	37.744	0,6		
Tomás Jocelyn-Holt	Independiente	12.594	0,2		
Roxana Miranda	Partido Igualdad	81.873	1,2		
Franco Parisi	Independiente	666.015	10,1		
Alfredo Sfeir	Partido Ecologista Verde	154.648	2,4		
Válidamente emitidos		6.585.808	100	5.582.270	100
Nulos		66.935	1	82.916	1,5
Blancos		46.268	0,7	32.565	0,6
Total votos emitidos		6.699.011		5.697.751	
Número de votantes inscritos		13.573.143		13.573.143	

Fuente: Elaboración propia con datos de www.eleccionesvel.cl

GRÁFICO 3. *Porcentaje de participación en las elecciones presidenciales chilenas, 1989-2013*

Fuente: Elaboración propia con datos de www.elecciones.gov.cl y www.eleccionservel.cl
 1v= Primera vuelta
 2v= Segunda vuelta

IV. FACTOR 1: EL EFECTO DE LA APROBACIÓN PRESIDENCIAL

Una vez en el poder, el Presidente Piñera anunció un gobierno de los «mejores». Tiempo después sostuvo que su gobierno había hecho más en «20 días» que la Concertación en «20 años». El rescate de los mineros de Atacama y un ambiente económico favorable, contribuyeron a que la popularidad presidencial se empinara por sobre el 60% según la encuesta Adimark de octubre de 2010. Sin embargo, una serie de errores políticos y comunicacionales echaron por tierra este empuje inicial del gobierno. Uno de los más importantes fue la porfía del Presidente para mantener sus acciones en algunas empresas como la aerolínea Lan y el club de fútbol Colo-Colo. Esto puso en tensión los intereses personales del Presidente y los intereses públicos del país. La situación se tornó más crítica cuando se involucró al Presidente en la salida de Marcelo Bielsa, entrenador de la selección chilena de fútbol y que gozaba de un amplio respaldo ciudadano. Si bien estos antecedentes pueden sonar como anecdóticos, no son pocos los asesores de gobierno que colocan al «conflicto del fútbol» como una de las causas de la impopularidad presidencial (2).

(2) A fines de 2010 se sostuvieron conversaciones con «informantes clave» que, precisamente, identifican al «conflicto del fútbol» como uno de los grandes errores del gobierno.

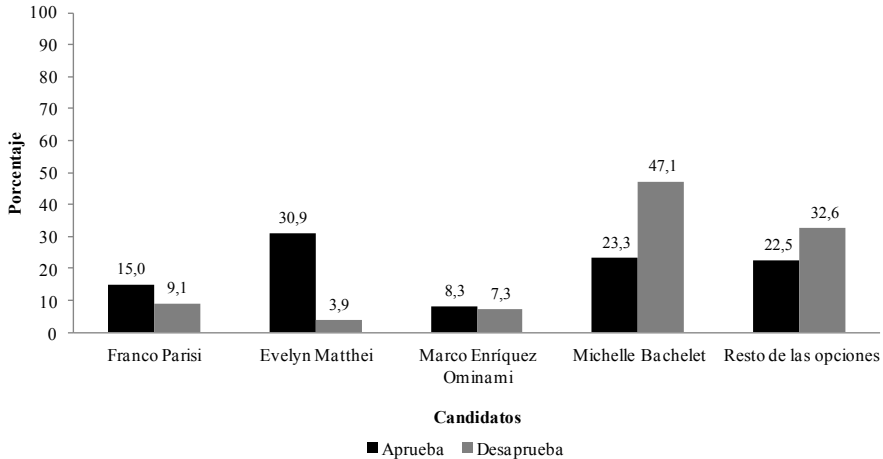
La aprobación al Presidente, de acuerdo a los datos de las encuestas de la UDP, fluctuó entre el 29% y el 33% entre 2011 y 2013, debiendo enfrentar tanto la elección municipal de 2012 como la presidencial de 2013 con sólo un tercio de aprobación. Ambas elecciones fueron negativas para la derecha. En las municipales de 2012 redujo sustancialmente su número de alcaldes (en 2008 tenía 144 y en 2012 quedó con 121) y su porción de votos (perdió casi 450.000 votos en la elección de concejales). Esto, en cierto sentido, anticipó el resultado de la elección presidencial de 2013. Adicionalmente, las mismas encuestas de la UDP mostraban que esta baja aprobación también estaba ligada a una percepción «clasista» del gobierno de Piñera. Una amplia mayoría pensaba que el gobierno de Piñera beneficiaba a los más ricos. Por ejemplo, en la encuesta de 2013 el 62,3% opinaba que era la clase alta la más beneficiada con el gobierno, mientras que sólo el 7,1% creía que los más beneficiados eran los pobres. Piñera fue incapaz de revertir esta percepción. De hecho, su aprobación estuvo fuertemente determinada por el nivel socioeconómico de las personas. Sistemáticamente fueron los más ricos quienes en mayor medida aprobaban su gestión.

Más problemático aún fue el traspaso de la popularidad presidencial hacia la candidata de la Alianza. Tal como se advierte en el gráfico 4, y de acuerdo a la encuesta UDP de octubre de 2013, sólo un tercio de los que apoyaban a Piñera estaban dispuestos a votar por Matthei. No deja de sorprender que más de un 23% de este grupo de encuestados apoyara a Bachelet, la candidata de la oposición. Mientras tanto, un 15% votaba por Parisi, un 8,3% por Enríquez-Ominami y un 22,5% se repartía entre las candidaturas pequeñas y la opción «ninguno». Esto es evidencia de la fragmentación de los votantes de derecha y, especialmente, de los que aprobaban la gestión presidencial. Igual cosa sucedió en 2009 cuando los encuestados que aprobaban la gestión de Bachelet dividieron sus apoyos entre la candidatura oficial de la Concertación (Eduardo Frei) y la de Enríquez-Ominami. Tales antecedentes llevan a cuestionar la denominada función «voto-popularidad». Al menos en las últimas elecciones presidenciales en Chile, la aprobación de los Presidentes, si bien está asociada a la intención de voto por el candidato oficialista, no se transfiere de manera natural y, muy por el contrario, tiende a dispersarse entre los otros candidatos.

Todo esto indica, al menos en Chile y presumiblemente en otros países, que los indicadores económicos, la aprobación presidencial y la intención de voto no siempre van linealmente relacionados. Hay elecciones en contextos de crisis económica que confirman a la coalición incumbente. Al mismo tiempo, hay elecciones en contextos de bonanza económica donde sale fa-

vorecida la coalición desafiante. En consecuencia, el éxito económico no es garantía de éxito político.

GRÁFICO 4. *Intención de voto según aprobación al gobierno*



Fuente: Elaboración propia con datos de la encuesta UDP 2013.

V. FACTOR 2: EL «EFECTO PARISI»

Aunque el gobierno cerró filas con Matthei, el derrame electoral de la derecha fue inevitable. El independiente Franco Parisi aprovechó dos situaciones. Primero, la baja popularidad del Presidente. Segundo, el lento y tortuoso proceso de selección del candidato oficialista. Parisi criticó fuertemente al gobierno y a la clase política en general por los abusos de las multitiendas y bancos hacia los ciudadanos comunes y corrientes. Se transformó así en un defensor de los derechos ciudadanos y en un ácido opositor a la «política» y a los partidos. Parisi tenía claro que en todas las encuestas de opinión los partidos y el Congreso estaban en los últimos lugares en el ranking de confianza institucional. Por tanto, un ambiente de crítica a la política y de defensa de los derechos ciudadanos hacía que su plataforma programática causara cierta simpatía tanto en electores de derecha como de centro e izquierda. Abogó sistemáticamente por la selección «meritocrática» de los puestos públicos y por poner fin a los contactos políticos como mecanismo para conseguir trabajo.

Este discurso hizo sentido a parte de la población, y especialmente a los segmentos con mayores niveles de educación, pero sin una situación económica altamente favorable. Probablemente debido a las dificultades para

encontrar mejores empleos y oportunidades, este grupo se vio atraído por una propuesta política distanciada de los partidos y que premiaba el esfuerzo individual. Ante un gobierno debilitado y una coalición política en medio de grandes dificultades para nominar a su candidato presidencial, la opción de Parisi fue creciendo con fuerza, alcanzando en algunas encuestas más de dos dígitos y amenazando a Matthei por el segundo lugar.

Para capturar el grupo de encuestados educados pero carentes de una situación económica altamente favorable, se construyó una variable que combina educación y nivel socioeconómico. Los apoyos a Parisi se concentraron precisamente en los encuestados que tenían un nivel educacional técnico-profesional, universitario (completo o incompleto), o con estudios de posgrado, pero que no pertenecían al grupo socioeconómico Medio-Alto, sino que a segmentos medios y bajos. Las diferencias son significativas. En este grupo seleccionado Parisi obtiene más del 23%, mientras que en el resto de la muestra totaliza poco más del 7%. Lo opuesto sucede con Bachelet, quien alcanza sólo un 19,6% en este grupo, mientras que en el resto logra un 42,6%. Matthei, en tanto, obtiene apoyos similares en ambos grupos con 14,2% y 11,8% respectivamente.

Esta evidencia descriptiva permite, en cierta forma, anticipar los resultados de un modelo estadístico. Arbitrariamente, se ha catalogado como «educados sin oportunidades» al grupo de encuestados con alto nivel educacional, pero que se ubica en los estratos medios y bajos de la escala de ingresos (Casi un 20% de la muestra). Este grupo, además, apoyó en mayor medida a Piñera en 2009 que al candidato de la Concertación Eduardo Frei (Morales, 2012). En ese sentido, y aunque en Chile no existen encuesta de panel, lo que sucedió en 2013 muestra que hubo una fractura importante en las bases sociales de la derecha. Si bien es muy plausible que el grupo de «educados sin oportunidades» haya evolucionado en la escala de ingresos desde 2009 a 2013, de todas formas constituye una base electoral más o menos estable en la derecha.

Para probar todo esto se construyó un modelo de regresión logística multinominal (ver tabla 2). El objetivo es identificar los determinantes de apoyo hacia cada candidato. Se ocupa como categoría de referencia o de comparación la intención de voto por Evelyn Matthei. El modelo indica que la candidatura de Parisi fue más fuerte en los jóvenes en comparación a Matthei, sucediendo lo mismo en el grupo de encuestados sin identificación política. Como se adelantó, Parisi aprovechó la crisis de los partidos y la baja confianza en las instituciones representativas. Adicionalmente, atacó a los grandes grupos económicos por los abusos hacia los ciudadanos. Eso marcó una gran distancia con Matthei.

Las diferencias entre ambas candidaturas también obedecen a la aprobación presidencial y a las percepciones económicas. Parisi aprovechó el descontento con el gobierno y el pesimismo sobre el rumbo de la economía. En comparación con Matthei, Parisi recibió más apoyo en el grupo de encuestados que desaprobaba la gestión presidencial y en aquellos que opinaban que a futuro la situación económica del país estaría peor.

Por cierto, la variable «educados sin oportunidades» tiene un coeficiente positivo y estadísticamente significativo en Parisi, confirmando la evidencia descriptiva. Parisi obtuvo sustantivamente más apoyo en este grupo en comparación con Matthei e incluso con Bachelet. Considerando las características de su discurso y las propuestas programáticas de su comando, éste es el aspecto más innovador de su candidatura. Es decir, cautivar a personas con niveles de educación por sobre el promedio, pero que no han sido capaces de transformar esa educación en una posición económica ampliamente superior a la media. Lo que Parisi leyó correctamente, entonces, no sólo consistió en el desprestigio y desconfianza hacia la clase política tradicional, las instituciones representativas y los grandes empresarios, sino que también fue capaz de descifrar los anhelos de personas «sofisticadas» educacionalmente, pero que no han tenido la posibilidad de alcanzar un mejor nivel de vida. Su independencia política contribuyó a que el mensaje fuese creíble, permitiendo su avance sistemático en las encuestas de opinión. Como se apunta más abajo, Parisi obtuvo sus mejores desempeños en los grandes centros urbanos. Es decir, en aquellas zonas donde circula más información y donde los ciudadanos se exponen con mayor frecuencia a la televisión y a las noticias de carácter político.

TABLA 2. *Modelo de regresión logit multinomial. La categoría de referencia es Evelyn Matthei*

VARIABLES	Bachelet	Parisi	Me-O	Candidatos pequeños/ Ninguno/ NS/NR
Sexo (0=Hombre; 1=Mujer)	-0.338 (0.217)	-0.894*** (0.262)	-0.753*** (0.290)	-0.520** (0.224)
Edad	-0.00658 (0.00621)	-0.0367*** (0.00824)	-0.0317*** (0.00899)	-0.0171*** (0.00653)
Educados sin oportunidades	-1.003*** (0.271)	0.628** (0.282)	0.0731 (0.322)	-0.193 (0.265)
Zona (0=Resto de Chile; 1=RM)	0.422* (0.216)	0.201 (0.259)	0.402 (0.290)	-0.126 (0.223)

VARIABLES	Bachelet	Parisi	Me-O	Candidatos pequeños/ Ninguno/ NS/NR
Identificación política (0=No identificado; 1=Identificado)	0.114 (0.260)	-0.552* (0.299)	0.00355 (0.350)	-1.715*** (0.253)
Aprobación al gobierno (0=Resto de las opciones; 1=Aprueba)	-2.585*** (0.243)	-1.571*** (0.288)	-1.818*** (0.320)	-2.372*** (0.253)
Situación actual país (1=Muy mala; 5=Muy buena)	-0.547*** (0.143)	-0.261 (0.171)	-0.368** (0.188)	-0.362** (0.147)
Situación futura del país (1=Peor; 3=Mejor)	0.198 (0.171)	-0.342* (0.203)	-0.466** (0.225)	-0.360** (0.176)
Constante	3.962*** (0.886)	5.163*** (1.033)	4.556*** (1.133)	6.970*** (0.909)
Observaciones	1,217	1,217	1,217	1,217

Errores estándar entre paréntesis

*** p'0.01, ** p'0.05, * p'0.1

Fuente: Elaboración propia con datos de la encuesta UDP 2013.

Ya vistas las bases de apoyo hacia los candidatos presidenciales, corresponde analizar su desempeño electoral. Para eso se construyó una base de datos con las 345 comunas del país, donde se incluyó el porcentaje de votos de cada candidato y la caracterización socioeconómica y sociodemográfica de cada comuna (número de votantes, porcentaje de pobres, porcentaje de población rural). Lo primero a estudiar es la relación entre la votación de la derecha en 2009 (segunda vuelta) con la de los candidatos presidenciales de 2013 a fin de evaluar las posibles patrones. Como muestran los gráficos 5-7, la votación por Matthei estuvo fuertemente correlacionada con la de Piñera en 2009, confirmando que fue la candidata oficialista. No sucedió lo mismo con Parisi, cuyo coeficiente de correlación con la votación de Piñera fue débil y con un signo negativo. Esto hace suponer que las votaciones de Matthei y Parisi provinieron de bases electorales distintas y que no necesariamente eran de derecha. Sin embargo, al sumar ambas votaciones y correlacionarlas con la de Piñera en 2009, el coeficiente alcanza un valor de 0.86.

Algo similar sucede al correlacionar la votación de ambos candidatos con la votación de la Alianza en la elección de diputados. Nuevamente, la votación

de Matthei se encuentra estrechamente correlacionada, cuestión que no sucede con la de Parisi que alcanza un coeficiente negativo de -0.24 (ver gráficos 8-9). Esto lleva a pensar que, en efecto, las votaciones de ambas candidaturas no provinieron necesariamente desde la derecha. Como se señaló más arriba, un predictor robusto de la intención de voto por Parisi fue la desafección ideológica. Es decir, ciudadanos que no se autoubicaban en el eje izquierda-derecha. La evidencia electoral a nivel comunal apunta, en cierto sentido, en esta dirección. Es cierto que Parisi quitó votación a Matthei, pero también es justo decir que obtuvo apoyo de segmentos que no eran tradicionalmente de derecha.

Para avanzar en esta discusión, se analizan las bases sociales de ambas candidaturas considerando el porcentaje de pobres por comuna. La tendencia histórica indica que los candidatos presidenciales de derecha obtienen mejores votaciones en las comunas ricas y en las comunas pobres, descendiendo en las comunas de estratos sociales medios (Altman, 2004). El problema de este análisis en Chile es que las 345 comunas que componen el país tienen niveles poblacionales muy distintos. Hay algunas donde el número de votantes no sobrepasa los mil, mientras que en otras hay más de 400.000. En consecuencia, cualquier análisis a nivel comunal debiese ponderar los resultados de acuerdo al número de electores de cada unidad.

Los gráficos 10 y 11 muestran la relación entre el porcentaje de pobres por comuna y las votaciones de Matthei y Parisi. Las comunas se ordenaron en dos grupos, segmentando la muestra en comunas con menos de 70.000 electores y comunas con 70.000 electores y más. Esto, a fin de capturar los eventuales efectos diferenciados de la pobreza sobre la votación por candidatos de derecha según tamaño poblacional. Los gráficos indican que en las comunas con menos de 70.000 habitantes la relación entre pobreza y votación por ambos candidatos es muy similar y cercana a un coeficiente de correlación de cero. En las comunas de 70.000 electores o más, en cambio, se producen diferencias relevantes. La candidatura de Matthei fue claramente menos efectiva en las comunas pobres en comparación con las comunas ricas. Con Parisi sucedió algo distinto. Sus mejores votaciones se concentraron en comunas con un porcentaje de pobres en torno al promedio nacional (comunas de ingreso medio). Esto tiene cierta sintonía con los resultados del análisis con encuestas de opinión. Los «educados sin oportunidades» estaban preferentemente en los estratos medios y bajos, lo que coincide con sus posibles comunas de residencia.

Para resumir toda esta información, se presenta un modelo de regresión lineal de mínimos cuadrados ponderados para analizar las votaciones de Matthei y Parisi considerando los 345 municipios del país (ver tabla 3). Las variables independientes son las siguientes. En primer lugar, el porcentaje de votos de Sebastián Piñera en la segunda vuelta presidencial de 2009. Si

efectivamente ambas candidaturas provienen del mismo universo electoral, entonces en ambos modelos el coeficiente de esta variable debiese ser positivo. Es decir, a mayor votación por Piñera en 2009, mayor votación por Matthei y Parisi. En segundo lugar, se incluye el porcentaje de pobres por comuna al igual que su cuadrática (a fin de capturar posibles rendimientos marginales decrecientes). Como variables de control se incluye el porcentaje de población rural y una variable *dummy* que distingue a las comunas con menos de 70.000 electores y aquellas con 70.000 electores y más.

Los resultados del modelo indican lo siguiente:

a) El porcentaje de votos de Piñera en 2009 tiene un efecto positivo y significativo sobre la votación de Matthei. No sucede lo mismo con Parisi. Aquí el coeficiente no es estadísticamente significativo. En consecuencia, es posible que Parisi haya capturado parte de la votación tradicional de derecha, pero todo indica que obtuvo apoyo de electores identificados con otros sectores ideológicos e, incluso, de ciudadanos sin identificación política. Esto hace suponer que existió una fractura en las bases electorales de la derecha, pero seguramente reclusa en algunos segmentos etarios o socioeconómicos.

b) Como se mostró más arriba, la fuerza de Parisi estuvo en los jóvenes y en los «educados sin oportunidades» que, de preferencia, pertenecen a segmentos bajos y medios de la escala socioeconómica.

Lo anterior cobra mayor sentido al estudiar el efecto de la pobreza sobre el desempeño electoral de ambos candidatos. En Matthei el efecto de la pobreza es el que históricamente ha existido. Es decir, con mejores votaciones en los segmentos ricos y en los segmentos más pobres. En otras palabras, la función cuadrática de la pobreza sobre la votación de Matthei tiene una forma de U, confirmando la tesis de Altman (2004). En Parisi, en tanto, el efecto de la pobreza tiene una forma de U invertida (\cap). Esto quiere decir que el candidato obtuvo su mejor desempeño en comunas de estrato medio y, en menor medida, en las de estrato bajo. Claro está que en las comunas más ricas fue ampliamente derrotado por Matthei.

Todo este análisis conduce a una interpretación general que suaviza la tesis de la «fractura» en las bases electorales de la derecha dada la emergencia de Parisi. Es cierto que su candidatura restó apoyo a Matthei, pero también obtuvo votación de otros sectores ideológicos. Es evidente que afectó a Matthei en términos políticos y comunicacionales dado que sistemáticamente atacó su candidatura y al gobierno, lo que puede explicar el mal desempeño del oficialismo. Sin embargo, la candidatura de Parisi sólo explica una parte de la debacle electoral de la derecha.

¿Qué sucedió con los votos de Parisi para la segunda vuelta? La votación de Matthei en la segunda vuelta creció en aproximadamente 467.000 votos,

cifra inferior a los 665.000 votos que obtuvo Parisi. Por tanto, no hubo una transferencia total de la votación de Parisi hacia Matthei. Es difícil que los 467.000 votos adicionales que obtuvo Matthei hayan provenído de otras candidaturas o de electores que no votaron en la primera vuelta. Lo más probable es que una porción importante de esa votación haya provenído precisamente de Parisi. Si esto es así, persiste la tesis de la «fractura» de las bases electorales de la derecha, aunque con todos los resguardos que se señalaron más arriba.

Para probar esto, se construyó una variable denominada «Tasa de crecimiento de Matthei». Corresponde a la diferencia en votos por Matthei entre primera y segunda vuelta. A fin de ponderar esta diferencia según el tamaño comunal, se le divide por el total de votos obtenidos por Matthei en la primera vuelta. Un crecimiento de 100 votos en una comuna donde Matthei obtuvo 50 votos en la primera vuelta, no es lo mismo que un crecimiento de 100 votos en una comuna donde Matthei obtuvo 50.000 votos. En el primer caso, es un crecimiento de 200% (pasó de 50 votos en primera vuelta, a 150 votos en segunda vuelta). En el segundo caso, el crecimiento es de sólo un 0,2% (pasó de 50.000 votos en primera vuelta a 50.100 en segunda vuelta). La fórmula de cálculo es la siguiente:

$$Tm = \frac{Vsg - Vpv}{Vpv} * 100$$

donde Tm es la «tasa de crecimiento de Matthei», Vpv es el número de votos en la primera vuelta y Vsg es el número de votos en la segunda vuelta.

Esta tasa de crecimiento está determinada sustantivamente por el desempeño de Parisi en la primera vuelta. De hecho, una correlación entre la tasa de crecimiento de Matthei y la votación de Parisi arroja un coeficiente de 0.64. Esto quiere decir que Matthei creció más aceleradamente en aquellas comunas donde Parisi obtuvo mejor desempeño en la primera vuelta. Para probar más específicamente esta hipótesis, se construyó un modelo de regresión lineal (ver tabla 4). Este modelo incluye como variables independientes la votación por Parisi en la primera vuelta de 2013, la votación por Piñera en la segunda vuelta y, como variables de control, el porcentaje de pobres por comuna y su cuadrática, el porcentaje de población rural y una variable *dummy* que distingue a las comunas con menos de 70.000 electores de aquellas con 70.000 electores y más.

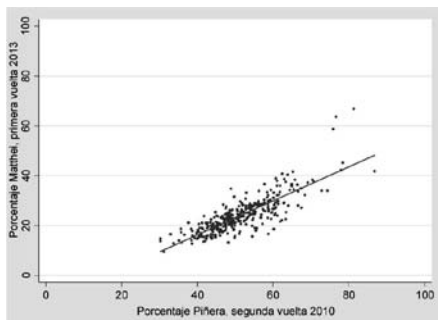
El modelo arroja un coeficiente negativo de la votación de Piñera 2010. Esto se explica porque la tasa de crecimiento, naturalmente, fue menor en las comunas más tradicionales de derecha y que están en los segmentos más acomodados. Es decir, no hubo grandes diferencias en el apoyo a Matthei

entre primera y segunda vuelta. Adicionalmente, en estas comunas la participación no decreció de manera tan significativa y, por eso, la derecha mantuvo su votación. Entonces, como no había más espacio para que Matthei creciera, resulta esperable que el coeficiente de la votación de Piñera 2010 sea negativo. En otras palabras, Matthei creció en las comunas donde la votación de derecha estaba menos consolidada.

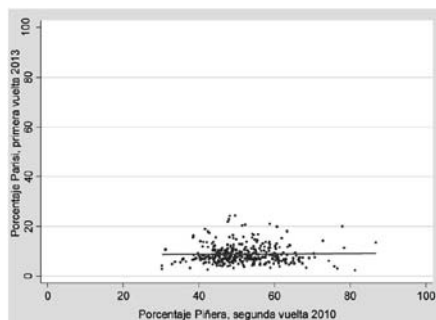
Como se señaló, la votación de Parisi está positivamente relacionada con la tasa de crecimiento de Matthei. En las comunas donde Parisi tuvo un mejor desempeño, el aumento de la votación por Matthei en la segunda vuelta fue más significativo. Esto permite complementar la tesis de la fractura de las bases electorales de la derecha en la primera vuelta. Si bien Matthei no pudo capturar la totalidad de la votación de Parisi, cosechó parte importante de ellos.

GRÁFICOS 5-7. *Correlación entre la votación de Piñera 2009 con la votación de Matthei 2013, Parisi 2013 y Matthei + Parisi 2013*

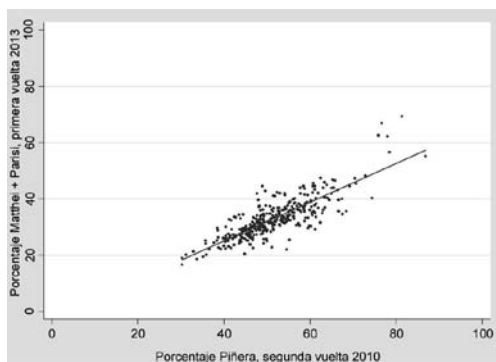
Matthei (Corr.=0.87)



Parisi (Corr.=0.11)



Matthei + Parisi (Corr.=0.86)



Fuente: Elaboración propia con datos de www.eleccionesrvel.cl

Revista de Estudios Políticos (nueva época)

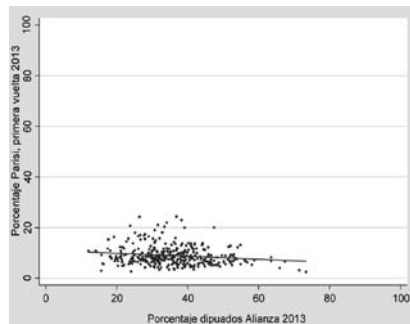
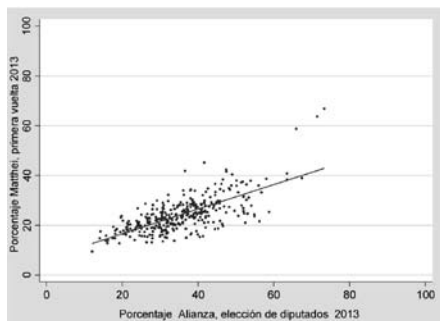
ISSN-L: 0048-7694, Núm. 168, Madrid, abril-junio (2015), págs. 261-290

doi: <http://dx.doi.org/10.18042/cepc/rep.168.09>

GRÁFICOS 8-9. *Correlación entre la votación de Matthei y Parisi con la votación de la Alianza en la elección de diputados 2013*

Matthei (Corr.=0.85)

Parisi (Corr.= -0.24)

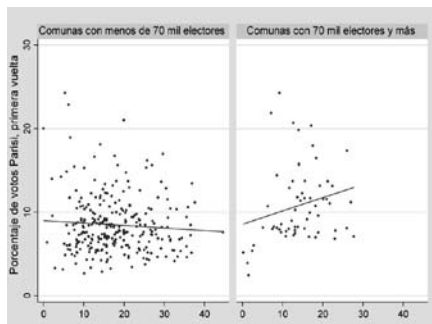
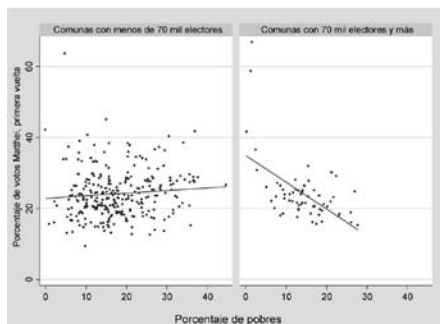


Fuente: Elaboración propia con datos de www.eleccionservel.cl

GRÁFICOS 10 Y 11. *Relación entre el porcentaje de pobres por comuna y la votación de E. Matthei y F. Parisi*

Evelyn Matthei

Franco Parisi



Fuente: Elaboración propia con datos de www.eleccionservel.cl y www.sinim.gov.cl

TABLA 3. *Modelo de mínimos cuadrados ponderados (MCP). Las variables dependientes son las votaciones de Matthei y Parisi en la primera vuelta presidencial de 2013*

VARIABLES	Matthei	Parisi
Porcentaje de votos Piñera 2009	0.838*** (0.0280)	0.0138 (0.0304)
Porcentaje de población rural	0.0146 (0.0124)	-0.0531*** (0.0135)

VARIABLES	Matthei	Parisi
Porcentaje de pobres	-0.858*** (0.0968)	0.604*** (0.105)
Cuadrática de porcentaje de pobres	0.0197*** (0.00271)	-0.0148*** (0.00294)
Dummy Tamaño comunal (0=Menos de 70.000 electores; 1= 70.000 electores y más)	0.530 (0.542)	0.665 (0.588)
Constante	-11.64*** (1.987)	4.875** (2.158)
Observaciones	345	345
R cuadrado	0.817	0.177

Errores estándar entre paréntesis

*** p<0.01, ** p<0.05, * p<0.1

Fuente: Elaboración propia con datos de www.eleccionservel.cl y www.sinim.gov.cl

TABLA 4. Modelo de mínimos cuadrados ponderados (MCP). La variable dependiente es la tasa de crecimiento de Matthei entre la primera y segunda vuelta presidencial de 2013

VARIABLES	Tasa de crecimiento de Matthei
Porcentaje de votos Parisi 2013	0.0110*** (0.000826)
Porcentaje de votos Piñera 2009	-0.00319*** (0.000463)
Porcentaje de población rural	-0.00128*** (0.000210)
Porcentaje de pobres	0.00349** (0.00168)
Cuadrática de porcentaje de pobres	-5.58e-05 (4.64e-05)
Dummy Tamaño comunal (0=Menos de 70.000 electores; 1= 70.000 electores y más)	-0.0239*** (0.00897)
Constante	0.342*** (0.0331)
Observaciones	344
R cuadrado	0.566

Errores estándar entre paréntesis

*** p<0.01, ** p<0.05, * p<0.1

Fuente: Elaboración propia con datos de www.eleccionservel.cl y www.sinim.gov.cl

VI. FACTOR 3: EL EFECTO DE VOTO VOLUNTARIO

Tal como se dijo al comienzo, la derrota de la derecha obedece al efecto combinado de tres factores: baja aprobación presidencial, emergencia de un candidato independiente, e implementación del voto voluntario. Esto último actúa como un factor institucional extraordinariamente relevante. Como se muestra más abajo, la votación por la derecha descendió de manera más acelerada en aquellas comunas donde se produjo una caída de la participación más aguda. Siguiendo parte importante de la teoría que se ha escrito en torno a los efectos del voto voluntario, la participación decreció de manera mucho más sustantiva en las comunas pobres en comparación con las comunas ricas. Aunque esto no resulta sorprendente, sí llama la atención que haya sido la derecha la más perjudicada. Aparentemente, si bien fueron los pobres los que menos participaron en estos comicios, todo hace suponer que esos pobres eran más cercanos a posturas de derecha.

Para probar esta hipótesis construí un diferencial de participación electoral. Para eso resté participación 2009 y la participación 2013. Un valor positivo indica que la participación 2009 fue superior a la de 2013. Un valor negativo indica que la participación en 2009 fue inferior a la de 2013. En la tabla 5 se muestran los resultados de un modelo de regresión de mínimos cuadrados ponderados. La variable dependiente es la votación por Matthei en la segunda vuelta. Las variables independientes corresponden a la votación de Piñera en 2009, el diferencial de participación electoral 2009/2013, el porcentaje de pobres y su cuadrática, y una variable dummy que distingue a las comunas con menos de 70.000 electores de aquellas con 70.000 electores y más. Lo que interesa es analizar el coeficiente del diferencial de participación. Como se observa, este coeficiente tiene un signo negativo. Esto quiere decir que a mayor diferencia entre la participación de 2009 y de 2013, menor es el apoyo hacia Matthei. En otras palabras, Matthei tuvo peor desempeño en aquellas comunas donde la participación cayó más fuertemente respecto a 2009.

Todo esto hace suponer que la caída en la participación perjudicó significativamente a la candidata de derecha. Como la participación cayó más violentamente en las comunas pobres en comparación con las comunas ricas, entonces es muy probable que hayan sido los electores pobres de derecha quienes decidieron no salir a votar. Esto puede deberse tanto a la baja aprobación presidencial —más baja aún en los segmentos pobres— como a la mayor desafección partidaria que existe en los estratos con menos recursos económicos. En consecuencia, una reforma institucional que la derecha defendió permanentemente, terminó por jugarle en contra.

TABLA 5. *Modelo de mínimos cuadrados ponderados (MCP). La variable dependiente es la votación de Matthei en la segunda vuelta presidencial de 2013*

VARIABLES	Matthei Segunda vuelta
Porcentaje de votos Piñera 2009	1.048*** (0.0280)
Participación 2009-Participación 2013	-0.0336** (0.0141)
Porcentaje de población rural	-0.0397*** (0.0127)
Porcentaje de pobres	-0.829*** (0.0974)
Cuadrática de porcentaje de pobres	0.0175*** (0.00272)
Dummy Tamaño comunal (0=Menos de 70.000 electores; 1= 70.000 electores y más)	2.140*** (0.540)
Constante	-9.020*** (2.040)
Observaciones	327
R cuadrado	0.882

Errores estándar entre paréntesis

*** p'0.01, ** p'0.05, * p'0.1

Fuente: Elaboración propia con datos de www.eleccionesvel.cl y www.sinim.gov.cl

VII. CONCLUSIONES

La derrota electoral de la derecha en Chile en 2013 obedeció a un efecto combinado de tres factores. En primer lugar, la baja aprobación presidencial con que el gobierno enfrentó esta elección y las dificultades para transferir esa aprobación hacia la candidata oficialista. En segundo lugar, la emergencia de un candidato independiente que se transformó en una amenaza creíble para el gobierno y que terminó con una votación superior al 10%. En tercer lugar, la caída de la participación electoral, que fue mucho más pronunciada en los segmentos pobres y en zonas donde la derecha, tradicionalmente, obtenía buenos resultados.

Así, la interacción entre factores políticos, electorales e institucionales contribuye a entender la derrota de la derecha chilena en un contexto eco-

nómico favorable. Este contexto estuvo caracterizado por un crecimiento sostenido, una inflación controlada y una caída significativa del desempleo. A esto se sumaron percepciones optimistas respecto al estado actual de la economía y su futuro. Sin embargo, el gobierno enfrentó serios problemas políticos, comenzando por los conflictos de interés del propio Presidente de la República, y terminando con las movilizaciones estudiantiles y sociales que trajeron como resultado violentas jornadas de protesta.

La baja aprobación al Presidente junto con la tardía nominación de la abanderada presidencial del oficialismo, abrieron la puerta para la aparición de un independiente que, aprovechando la situación crítica del gobierno y con una ciudadanía que desconfiaba de la política y sus instituciones, decidió llegar hasta el final con su postulación. Para eso, generó un deliberado conflicto con la candidata de gobierno, contribuyendo a fracturar las bases electorales de la derecha. Probablemente, este conflicto desalentó a los tradicionales votantes de gobierno que, en presencia de dos candidatos que luchaban por el segundo lugar y a sabiendas de que Bachelet sería la nueva Presidente, dejaron de votar. Esto fue mucho más visible en las comunas pobres donde la participación cayó más aceleradamente.

Las elecciones chilenas, por tanto, muestran que el éxito económico no es condición necesaria ni suficiente para cosechar éxito político. No es necesaria pues gobiernos anteriores ganaron la elección presidencial en un ambiente de crisis económica. No es suficiente, porque gobiernos que destacaron por sus desempeño económico, terminaron entregando la banda presidencial a la oposición. El caso de Chile, entonces, sirve para entender los límites explicativos del «voto económico» y, de este modo, subrayar la relevancia de variables políticas contingentes, reformas institucionales (por ejemplo, el voto voluntario), y atributos personales del Presidente saliente.

VIII. BIBLIOGRAFÍA

- BENTON, Lucinda (2005): «Dissatisfied Democrats or Retrospective Voters? Economic Hardship, Political Institutions, and Voting Behavior in Latin America», *Comparative Political Studies*, vol. 38, n.º 4, págs. 417-442. Disponible en: <http://dx.doi.org/10.1177/0010414004273856>
- BOAS, Taylor C. (2005): «Television and Neopopulism in Latin America: media Effects in Brazil and Peru», *Latin American Research Review*, vol. 40, n.º 2, págs. 27-49. Disponible en: <http://dx.doi.org/10.1353/lar.2005.0019>
- BOENINGER, Edgardo (1997): *Democracia en Chile. Lecciones para la gobernabilidad*, Santiago, Andrés Bello.
- BUNKER, Kenneth (2014). «The 2013 presidential and legislative elections in Chile», *Electoral Studies*, vol. 34, págs. 291-379. Disponible en: <http://dx.doi.org/10.1016/j.electstud.2013.12.005>
- CAMPBELL, Angus; CONVERSE, Philip; MILLER, Warren, y STOKES, Donald (1960): *The American Voter*, New York, John Wiley.

- CONTRERAS, Gonzalo; JOIGNANT, Alfredo, y MORALES, Mauricio (2015): «The Return of Censarity Suffrage? The effects of automatic voter registration and voluntary voting in Chile, *Democratization* (por aparecer).
- CONVERSE, Philip (1969): «Of Time and Partisan Stability», *Comparative Political Studies*, n.º 2, págs. 139-171. Disponible en: <http://dx.doi.org/10.1177/001041406900200201>
- GALLEGO, Aina (2010): «Understanding unequal turnout: Education and voting in comparative perspective», *Electoral Studies*, vol. 29, n.º 2, págs. 239-248. Disponible en: <http://dx.doi.org/10.1016/j.electstud.2009.11.002>
- GARRETÓN, Manuel Antonio (1999): «Balance y perspectivas de la democratización política chilena», en *La caja de pandora. El retorno de la transición chilena*, editado por Amparo Menéndez Carrión y Alfredo Joignant, Santiago, Planeta-Ariel, págs. 49-88.
- GROFMAN, Bernard N. (1995): *Information, Participation and Choice. An Economic Theory of Democracy in Perspective*, Ann Arbor, University of Michigan Press.
- HUNEEUS, Carlos (2000): *El Régimen de Pinochet*, Santiago de Chile, Editorial Sudamericana Chilena.
- (2001): «La derecha en el Chile después de Pinochet: el caso de la Unión Demócrata Independiente». Working Paper 285, University of Notre Dame, USA. Disponible en el sitio web: http://www.archivochile.com/Partidos_burguesia/udi/sobre/PBsobreudi0018.pdf
- (2003): *Chile un país dividido. La actualidad del pasado*, Santiago, Catalonia.
- JENNINGS, Kent, y NIEMI, Richard (1968): «The Transmission of Political Values from Parent to Child», *American Political Science Review*, vol. 62, n.º 1, págs.169-184. Disponible en: <http://dx.doi.org/10.2307/1953332>
- LAZARFELD, Paul; BERELSON, Bernard, y GAUDET, Hazel (1944): *The people's choice*, New York, Columbia University Press.
- LEWIS-BECK, Michael S., y STEGMAIER, Mary (2000): «Economic Determinants of Electoral Outcomes», *Annual Review of Political Science*, vol. 3, págs. 183-219. Disponible en: <http://dx.doi.org/10.1146/annurev.polisci.3.1.183>
- LUPHART, Arend (1997): «Unequal Participation: Democracy's Unresolved Dilemma», *The American Political Science Review*, vol. 91, n.º 1, págs. 1-14. Disponible en: <http://dx.doi.org/10.2307/2952255>
- LÓPEZ, Miguel Ángel (2004): «Conducta electoral y estratos económicos: el voto de los sectores populares en Chile», *Política*, vol. 43, págs. 285-298.
- LUNA, Juan Pablo (2010): «Segmented party-voter linkages in Latin America: the case of the UDI», *Journal of Latin American Studies*, vol. 42, n.º 2, págs. 325-356. Disponible en: <http://dx.doi.org/10.1017/S0022216X10000465>
- LUNA, Juan Pablo, y ROSENBLATT, Fernando (2012): «¿Notas para una autopsia? Los partidos políticos en el Chile actual», en *Democracia con partidos. Informe para la reforma de los partidos políticos en Chile*, editado por Francisco Javier Díaz y Lucas Sierra. Santiago: CEP-CIEPLAN.
- LUNA, Juan Pablo, y MARDONES, Rodrigo (2010): «Chile: Are the Parties Over?», *Journal of Democracy*, vol. 21, n.º 3, págs. 107-121.
- LUNA, Juna Pablo, y ALTMAN, David (2011): «Uprooted but Stable: Chilean Parties and the Concept of Party System Institutionalization», *Latin American Politics and Society*, vol. 53, n.º 2, págs. 1-28. Disponible en: <http://dx.doi.org/10.1111/j.1548-2456.2011.00115.x>
- LUPU, Noam (2010): *Party Brands in Crisis: Partisanship, Brand Dilution, and the Break-down of Political Parties in Latin America*. Manuscrito por aparecer en *World Politics*.
- LUPU, Noam, y STOKES, Susan (2009): «Las bases sociales de los partidos políticos en Argentina, 1912-2003», *Desarrollo Económico*, vol. 47, n.º 192, págs. 515-542.

- MACKUEN, Michael B.; ERIKSON, Robert S., y STIMSON, James (1989): «Macropartisanship», *American Political Science Review*, vol. 83, n.º 4, págs. 1125-1142. Disponible en: <http://dx.doi.org/10.2307/1961661>
- (1992): «Peasants or bankers? The American electorate and the U. S. economy», *American Political Science Review*, vol. 86, n.º 3, págs. 597-611. Disponible en: <http://dx.doi.org/10.2307/1964124>
- MAHLER, Vicent A. (2008): «Electoral turnout and income redistribution by the state: a cross-national analysis of the developed democracies», *European Journal of Political Research*, vol. 47, n.º 2, págs. 161-183. Disponible en: <http://dx.doi.org/10.1111/j.1475-6765.2007.00726.x>
- MAINWARING, Scott (1999): *Rethinking Party Systems in the Third Wave of Democratization: The Case of Brazil*, Stanford, Stanford University Press.
- MAINWARING, Scott, y SCULLY, Timothy R. (1995): *Building Democratic Institutions*, Stanford, Stanford University Press.
- MAINWARING, Scott, y TORCAL, Mariano (2005): «La institucionalización de los sistemas de partidos y la teoría del sistema partidista después de la tercera ola democratizadora», *América Latina Hoy*, vol. 41, págs. 141-173.
- MAYOL, Alberto (2012): *No al lucro*, Santiago, Debate.
- MILLER, Warren, y SHANKS, Merrill (1996): *The New American Voter*, Cambridge, Harvard University Press.
- MORALES, Mauricio (2008): «La primera mujer Presidenta de Chile: ¿Qué explicó el triunfo de Michelle Bachelet en las elecciones de 2005-2006?», *Latin American Research Review*, vol. 43, n.º 1, págs. 7-32.
- (2011): «Precauciones frente al voto voluntario», en *Chile 2010. Sexta Encuesta Nacional UDP. Percepciones y actitudes sociales*, editado por la Facultad de Ciencia Sociales e Historia de la Universidad Diego Portales (UDP), Santiago, Ediciones UDP, pág. 61-74.
- (2012): «The Concertación's Defeat in the 2009/2010 Presidential Elections in Chile», *Latin American Politics and Society*, vol. 54, n.º 2, págs. 79-107.
- (2014): «Congruencia programática entre partidos y votantes en Chile», *Perfiles Latinoamericanos*, vol. 44, págs. 59-90.
- MORALES, Mauricio, y NAVIA, Patricio (eds.) (2010): *El sismo electoral de 2009*, Santiago, Ediciones UDP.
- MORGAN, Jana (2007): «Partisanship During the Collapse of Venezuela's Party System», *Latin American Research Review*, vol. 42, n.º 1, págs. 78-98. Disponible en: <http://dx.doi.org/10.1353/lar.2007.0009>
- NANNESSTAD, Peter, y PALDMAN, Martin (1994): «The VP-function: A survey of the literature on vote and popularity functions after 25 years», *Public Choice*, vol. 79, n.º 3-4, págs. 213-245. Disponible en: <http://dx.doi.org/10.1007/BF01047771>
- NAVIA, Patricio (2005): «La transformación de votos en escaños: leyes electorales en Chile, 1833-2004», *Política y Gobierno*, vol. 12, n.º 2, págs. 233-276.
- NAVIA, Patricio; BRICEÑO, Renato, y MORALES, Mauricio (eds.) (2009): *El genoma electoral chileno. Dibujando el mapa genético de las preferencias políticas en Chile*, Santiago, Ediciones UDP.
- PAYNE, Mark; ZOVATTO, Daniel; CARRILLO, Fernando, y ALLAMAND, Andrés (2003): *La política importa. Democracia y desarrollo en América Latina*. Washington, D. C., BID e Instituto Internacional para la Democracia y la Asistencia Electoral.
- POPKIN, Samuel L. (1995): «Information Shortcuts and the Reasoning Voter», en *Information, Participation and Choice: An Economic Theory of Democracy in Perspective*, editado por Bernard Groffman, Ann Arbor, University of Michigan Press, págs. 17-35.
- SIAVELIS, Peter (2009): «Enclaves de la transición y democracia chilena», *Revista de Ciencia Política*, vol. 29, n.º 1, págs. 3-21.

- VALENZUELA, Samuel (1995): «Orígenes y transformación del sistema de partidos en Chile», *Estudios Públicos*, vol. 58, págs. 5-80.
- (1999): «Respuesta a Eugenio Tironi y Felipe Agüero: reflexiones sobre el presente y futuro del paisaje político chileno a la luz de su pasado», *Estudios Públicos*, vol. 75, págs. 273-290.
- WEYLAND, Kurt (2001): «Clarifying a Contested Concept: Populism in the Study of Latin American Politics», *Comparative Politics*, vol. 34, n.º 1, págs. 1-22. Disponible en: <http://dx.doi.org/10.2307/422412>